

ENSAYO | PEER REVIEWED

Mojones en la Conversación: Entre la Musicoterapia y la Perspectiva Decolonial

Guillermo Castelo^{1*}

¹ Residencia Interdisciplinaria en Salud Mental Comunitaria, Hospital Zonal de Esquel, Chubut, Argentina

* castelo.guillermo@gmail.com

Recibido 18 de marzo de 2025; Aceptado 2 de septiembre de 2025; Publicado 3 de noviembre de 2025

Editores: Juan Pedro Zambonini, Virginia Tosto

Revisoras: María Florencia Vazquez, Angélica Chantré

Resumen

El artículo propone un diálogo entre la Musicoterapia y la Perspectiva Decolonial a partir de tres “mojones” que orientan una reflexión crítica y situada. En el primero, se abordan los aportes de Aníbal Quijano y su noción de colonialidad del poder para repensar las categorías de salud, sujeto y sociedad desde América Latina. El segundo mojón desarrolla la idea del “paisaje como textura,” inspirada en la estética de lo americano de Rodolfo Kusch, como herramienta analítica para la clínica musicoterapéutica, resaltando la dimensión sensible y cultural del territorio. El tercer mojón presenta experiencias en la Patagonia Argentina, donde la figura del “paisano” y la “ciudad con forma de pan” revelan tensiones entre el arraigo, la identidad y los efectos de la colonialidad del poder. El texto concluye invitando al colectivo musicoterapéutico y trabajadores de salud a construir una práctica crítica, sensible y situada en los contextos latinoamericanos.

Palabras clave: musicoterapia; perspectiva decolonial; estética de lo americano; paisaje como textura; salud mental comunitaria; Patagonia

Comentario Editorial

¿Cómo son los paisajes que habitamos? ¿De qué maneras ellos son parte de nuestras prácticas profesionales? ¿Cómo, los espacios en los que nacemos y crecemos, nos constituyen como sujetos? ¿Qué nos sucede, en lo más íntimo, cuando nos vemos obligados a migrar? El ensayo de Guillermo Castelo nos deja estas preguntas y, además, nos permite reconocer la potencia que posee la música para expresar las experiencias vividas por los habitantes de algunas comunidades de la región noroeste de la patagonia argentina en relación con sus saberes ancestrales.

Introducción

La invitación a escribir un artículo para la revista Voices, me colocó, en lo personal, frente al objetivo de pensar sobre las diferentes perspectivas decoloniales que existen en Latinoamérica. Como egresado de la Universidad Abierta Interamericana de la ciudad de Rosario, Santa Fe, Argentina, en el año 2021, vengo analizando los diferentes aportes, alcances y vínculos que la perspectiva decolonial de Aníbal Quijano tiene con nuestro saber y práctica disciplinar.

Encuentro en esta invitación de Voices la posibilidad de realizar un escrito desde el formato ensayo, que estructuro con tres mojones, esto es, señales de orientación características o habituales en los caminos argentinos, signos que demarcan diferentes estancias. Lo hago con el propósito de poder entablar una conversación de pensamiento entre la Musicoterapia y la perspectiva decolonial de Quijano, con la intención de pensar rumbos posibles.

En este sentido, el primer mojón nos detiene en dos inquietudes iniciales: ¿para qué es interesante que la Musicoterapia tenga un diálogo con la perspectiva decolonial? y ¿de qué hablamos cuando hablamos de decolonialidad? Partiendo de estas inquietudes desarrollo un breve esbozo sobre quién fue Aníbal Quijano, un referente de una perspectiva que está dentro de los cuatro vocabularios de pensamiento crítico que han logrado salir de los límites del continente para pensar el mundo global desde diferentes saberes y disciplinas. A partir del esbozo sobre el cuerpo teórico que el sociólogo peruano ha dejado, la invitación en este ensayo es a reflexionar sobre qué sociedad, qué sujeto y qué salud pensamos al momento de configurar nuestra clínica.

El segundo mojón parte de una premisa. Es aquella que, en la revisión de los procesos y proyectos históricos de los pueblos del continente previos a la colonialidad del poder, entiende que las formas elegidas por ellos para narrar sus historias se conforman por composiciones estéticas, simbólicas y sensibles ubicadas en actos expresivos como las danzas, sonidos, tejidos y alfarería, entre tantas otras, que permiten compartir el devenir de la vida y las estancias de salud en comunidad. Estas formas elegidas se diferencian del texto escrito que acontece como medio de sistematización y divulgación lógico racional de la información de los saberes devenidos de los procesos de colonia. En este sentido, la invitación es a pensar cómo la Musicoterapia puede acompañar a los procesos de salud-enfermedad-cuidado desde otras narrativas que conviven con la práctica médica hegemónica en salud. Detenernos en este mojón posibilita la construcción de una categoría de análisis a la que denomino “el paisaje como textura,” que pretende ser un aporte al análisis clínico en Musicoterapia. Se trata de una herramienta de observación y escucha situada en nuestra profesión, que permite responder a las necesidades sentidas del sujeto, aquellas que acontecen en un paisaje atravesado por una multiplicidad de dimensiones históricas y culturales.

El tercer mojón marca una experiencia concreta de mi proceso de formación en servicio en la Residencia Interdisciplinaria de Salud Mental Comunitaria en la provincia de Chubut, sede Esquel, Argentina. Aquí pongo en funcionamiento lo que en los mojones anteriores se ha construido como vocabulario epistémico para pensar la práctica musicoterapéutica. Propongo la construcción del “Paisano” como sujeto histórico de la Patagonia, y lo hago desde los aportes que Aníbal Quijano trae en su relectura de la noción de raza. Este mojón nos detiene frente a la narración de los procesos migratorios forzados por los desalojos de las aldeas y localidades rurales del noroeste de la provincia de Chubut durante el período de la construcción del Estado Argentino, analizadas desde la categoría del “paisaje como textura.” Esta categoría nació de un proceso de investigación acción participativa y proyecto de intervención en el marco del primer año de la ya mencionada Residencia.

Por último, el escrito presenta un apartado de consideraciones finales, en el que se invita al colectivo musicoterapéutico a reflexionar sobre los aportes que pueden integrarse al

campo de la Musicoterapia al trabajar desde la perspectiva decolonial y desde la estética de lo americano.

Mojón I: Aportes para Pensar la Clínica en Musicoterapia Desde la Perspectiva Decolonial de Aníbal Quijano

Nos encontramos en el primer mojón. Este signo del recorrido nos lleva a dos preguntas iniciales. Por un lado, ¿para qué es necesario que la Musicoterapia dialogue con la perspectiva decolonial? Por otro, ¿de qué hablamos cuando hablamos de decolonialidad?

Resulta importante comenzar por el segundo interrogante, y acudir para su respuesta a una corriente de pensamiento devenida de la sociología que ha realizado grandes aportes a diferentes saberes disciplinares como la antropología, la semiótica, los estudios de la estética y tantos otros; estamos hablando de la colonialidad del poder y del saber (Quijano, 2000, como se citó en Assis Clímaco, 2014).

La colonialidad del poder y del saber tiene al sociólogo peruano Aníbal Quijano como a su referente principal, y sus escritos son uno de los cuatro vocabularios que junto con la pedagogía del oprimido, la teología de la liberación y la teoría de la dependencia, lograron atravesar las fronteras del continente para repensar el mundo global y, puntualmente, la comprensión de América (Segato, 2018). Al decir que esta perspectiva es un vocabulario, pretendemos ubicarla como una línea epistémica que ha revisado y conceptualizado nociones como raza, colonialidad/modernidad y decolonialidad, entre tantas otras.

La propuesta de traer a conversar a la Musicoterapia con Quijano deviene de reconocer en él a alguien que construyó un pensamiento orgánico contraponiéndose a lo sistemático. Como el mismo Quijano refería, su interés consistía en que su pensar no fuera una teoría sino una perspectiva, postulando así una forma, una mirada hacia la sociedad y la historia, invitándonos a volver a ver el mundo, invitándonos a un “giro decolonial,” a un viraje epistémico en la forma en la que vemos la realidad. Su perspectiva teórica propone una reorientación de nuestra mirada hacia los movimientos sociales y hacia la lucha política; así como también hacia la construcción de pensamiento académico crítico.

Reconocemos grandes aportes en la obra de Aníbal Quijano, pero lo importante en este mojón es realizar un acercamiento a dos de ellos para ponerlos en diálogo con nuestro saber disciplinar. En primer lugar, nos detendremos en aquél que ubica en el centro de la colonialidad no a la clase social, sino a la noción de raza. En segundo lugar, en aquél que postula que la colonialidad del poder es la estructura subyacente a la civilización occidental/moderna. En la compilación de la obra de Quijano realizada por Assis Clímaco (2014) podemos encontrar su texto “Colonialidad del poder y clasificación social,” en el que el autor nos invita a revisar la idea de raza. Esta noción ha determinado los cauces de la historia occidental conformando una categoría de análisis que propone “reoriginalizar” el mundo y nos propone repensar la pluralidad de los sujetos históricos en los que nuestra práctica disciplinar se emplaza. En este sentido, raza ya no se vuelve una categoría de clasificación étnica e instrumento de dominación social, sino una forma de lectura de los cuerpos vivos, en tanto pueblo y en tanto colectivo; una posibilidad de dar nombre a la gran cantidad de personas que se reconocen en lo *no-blanco* y que han quedado suprimidas por los patrones clasificatorios de la colonialidad del poder, que ha arrasado con las memorias y los saberes. En el texto “Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina,” Quijano (1993, como se citó en Assis Clímaco, 2014) nos dice que la colonialidad del poder es la estructura subyacente de la civilización occidental/moderna. Este enunciado lo lleva a pensar que sin la colonialidad no existiría el proyecto histórico de la modernidad y, como consiguiente, los Estados Nación y las relaciones materiales que tenemos hoy día.

A partir de lo dicho hasta aquí propongo revisar tres nociones que considero importantes

a la hora de pensar nuestro ejercicio profesional en el campo de la Musicoterapia: la de Salud, la de Sujeto y la de Sociedad. La colonialidad subyace porque opera de manera oculta ante el poder, de manera secreta. Un ejemplo claro de ello son los amplios modelos y manuales que nos forman para pensar la salud en los sistemas sanitarios y sus políticas públicas en torno a la vigilancia y la educación de la prevención y promoción de la salud, las que muchas veces resultan ajenas a una real participación de las poblaciones en sus procesos de salud y en las que, otras tantas veces, se dejan por fuera la multiplicidad de saberes populares y ancestrales que requieren de otros contextos y materiales situados.

Estas ideas se relacionan con la primera inquietud: ¿para qué es interesante que la Musicoterapia dialogue con la perspectiva decolonial? Como profesionales del campo de la salud y la salud mental, es interesante instaurar las preguntas acerca de cómo configuramos nuestra clínica y en qué sujeto pensamos. Y si bien estos interrogantes parecen obviedades, muchas veces estas nociones centrales se configuran con ritmos y percepciones atravesados por la colonialidad del poder, la cual subyace en los marcos teóricos de saberes eurocéntricos y en las propuestas de acompañamientos en salud ajenos a las necesidades sentidas de la comunidad. Nuestras prácticas están emplazadas en un contexto, un suelo, que muchas veces nos invita a situarnos para ser coherentes con la pluralidad de planos históricos-culturales que lo conforman. Puntualmente, América Latina sitúa en ese suelo la profundidad de un saber y pensamiento, distintos a los que se nos proponen desde las instituciones de salud y desde nuestras casas de estudios académicos.

Desde la perspectiva decolonial, en “El ‘movimiento indígena’ y las cuestiones pendientes en América Latina” (Quijano, 2006, como se citó en Assis Clímaco, 2014) el autor propone indagar sobre la noción de sujeto histórico construido por el Estado Nación, y recupera los saberes y posiciones históricas que el sujeto campesino, indígena y afrodescendiente ofrece para la comprensión de América. Estos aportes invitan a los musicoterapeutas a ampliar las dimensiones que tenemos en cuenta en torno a la pregunta de para qué sujeto construimos un espacio de salud. Cuestionar la noción de sujeto histórico construida desde el Estado Nación, aquella que invisibiliza al campesinado, al indígena y al afrodescendiente, nos lleva a pensar en cómo se enuncia la sociedad desde estos sujetos históricos. Aquí encontramos la pluralidad de lenguas y cosmovisiones originarias que conocemos como Abya Yala, Lof o Diásporas, por mencionar sólo algunos de los enunciados con los que los distintos pueblos y comunidades nombran a su territorio y a sí mismos. Visualizar estas pluralidades enunciativas nos posibilita realizar el giro decolonial, al modo de una revisión histórica de nuestro saber y práctica disciplinar, a la hora de pensar las estrategias de intervención.

En la misma clave Quijano indaga sobre el sujeto y la sociedad y propone “¿Bien vivir?: entre el ‘desarrollo’ y la Des / Colonialidad del poder” (2011, como se citó en Assis Clímaco, 2014), para indagar sobre la noción de Salud que, desde el *Sumak Kawsay* (vivir bien), se expresa en algunos pueblos indígenas como alternativa a la vida social propuesta por la colonialidad/modernidad. Tomar como aporte esta noción puede verse reflejado en las reformas de la constitución de los Estados Plurinacionales de Bolivia y Ecuador. Integrar a la noción de salud los aportes de la perspectiva decolonial nos vuelve a solicitar hacer un giro perceptivo sobre nuestras intervenciones, interpelando objetivos y estrategias construidas, y a escuchar los propios proyectos y procesos históricos de los sujetos, previos a hacer uso del sistema de salud.

Detenernos en este primer mojón es una invitación a acercarnos como colectivo musicoterapéutico a la perspectiva decolonial de Aníbal Quijano, y a encontrar en su pensamiento los aportes que nos permitan repensar la configuración de nuestra clínica y saber disciplinar.

Mojón II: Aportes de la Estética de lo Americano. El Paisaje como Textura de un Análisis Clínico en Musicoterapia

Llegamos al segundo mojón de este recorrido, donde nos detendremos a pensar sobre las diferentes formas con las que los pueblos de América llevan adelante sus procesos y proyectos históricos. La propuesta aquí es observar estas formas desde una estética de lo americano, pensando esta categoría como un aporte a nuestra caja de herramientas musicoterapéuticas en el acompañamiento a los procesos de salud de las comunidades.

De acuerdo con Altamiranda (2015), es importante entender que hay muchas formas de construir un pensamiento en Musicoterapia. En la historia de la profesión en Argentina cada casa de estudios de formación privilegió una línea de pensamiento diferente desde donde abordar la práctica disciplinar. En mi caso, elijo construir un posicionamiento personal situando las necesidades sentidas de los espacios por donde transito como profesional, y lo hago desde la teoría de la complejidad (Morin, 1990). Desde allí concibo a la Musicoterapia tal como la propone la colega Maeyaert (2017), “como una construcción del pensamiento que soporta un abordaje en salud y una metodología pensada desde el arte” (p. 96), tomando al arte como territorio de expresión libre, a ser construido y significado; arte que habilita la indagación y la producción del mundo sensible de aquellos con quienes trabajamos. Es a partir de este posicionamiento que me ubico para observar las configuraciones de aquellas formas singulares que muestran cómo cada persona habita el mundo. Considerar las singularidades que ubican al sujeto en su calidad de estar y de ser, con la posibilidad de que estas formas se modifiquen o continúen en lo que acontece, nos lleva a contemplar las acciones que lo ubican como un sujeto de derecho en relación con el cuidado de su salud.

Parto, también, de la premisa de visualizar las diferentes formas que los pueblos del continente eligieron para narrar y permanecer ante la colonialidad del poder y saber. Hay múltiples archivos y trabajos que, desde el texto escrito, audiovisual o la grabación, nos posibilitan realizar ese recorrido histórico. Algunos ejemplos pueden encontrarse en canciones populares del continente recopiladas e interpretadas por cantoras y cantores como Violeta Parra, Atahualpa Yupanqui o Leda Valladares; documentación de las expresiones sonoras y estudios de la organología de materiales y símbolos sistematizados por etnomusicólogos como Isabel Aretz (1977) en el INIDEF—Centro de Investigaciones Socioculturales de Venezuela—y el Catálogo ilustrado de instrumentos musicales argentinos de Pérez Bugallo (2008), entre otros. Las elecciones expresivas que los pueblos tienen nos invitan a pensar en otras formas de completar y comprender la historia de nuestro continente. Las formas a las que nos referimos se pueden encontrar en la materialización y construcción de imágenes, portadoras de múltiples estéticas, con el fin de narrar e interpretar la organización social y comunal. Uno de los trabajos que nos acercan a visualizar estas materializaciones es el de Guaman Poma de Ayala, analizado por Silvia Rivera Cusicanqui desde la Sociología de la Imagen (2015). Otras producciones pueden reconocerse en la construcción de tejidos y en la alfarería, o en el movimiento de las danzas; y todas ellas portan una estética que es potencia y herramienta simbólica singular del continente. Observamos estas elecciones preguntándonos por qué el acto expresivo perdura y continúa siendo elegido a la hora de contar la historia.

Para contestar este interrogante es importante detenernos a pensar: ¿de qué hablamos cuando hablamos de estética? y, en consecuencia, ¿existe una estética de lo americano? Analizar las formas con las que se narra la historia del continente desde los pueblos nos invita a ir más allá en la pregunta, indagando sobre su carácter singular, y a pensar en una estética de lo americano, situándonos como musicoterapeutas para el acompañamiento de estas otras narrativas que acontecen en los territorios donde ejercemos nuestras prácticas. Para hablar de la noción de estética en Musicoterapia tomo las palabras de Rodríguez Espada (2020) quien postula que “la estética deriva de un adjetivo griego, *aisthetos*, que

significa percibir desde los sentidos” (p. 234). Comprender esta noción desde esta aproximación etimológica nos sugiere realizar un movimiento epistemológico, aquel que se aleja de una mirada de apreciación valorativa en el campo del arte construida en la modernidad/colonialidad, la cual le supone alguna verdad a las expresiones acontecidas en el fenómeno clínico en Musicoterapia. El desplazamiento propuesto por el autor enuncia que “Una estética ES. No hay origen, no hay razón, no es verdadera, no es falsa, no es bella, no es fea, no tiene ayer ni mañana, se alimenta a sí misma y se engendra a sí misma. (...) Una estética es un camino al sentido” (Rodríguez Espada, 2020, p. 241). Este corrimiento nos interpela a observar y a escuchar el acto expresivo que acontece en nuestra práctica disciplinar, otorgándole una lectura paradójica de lo producido; aquella que nos permite, en tanto trabajadores de la salud, hacer preguntas acerca de si esa estética porta un sentido de alivio o de padecimiento a los sujetos o a las comunidades a las que asistimos.

Indagar desde una mirada estética sobre los caminos hacia la construcción de sentidos elegidos por los pueblos del continente, y que se materializan en actos expresivos, nos invita a preguntarnos si ellos portan algo singular, propio de su carácter situado. En búsqueda de respuestas tomaremos los aportes del filósofo argentino Rodolfo Kusch. En su trabajo “Planteo de un arte americano” (2007), este pensador indaga sobre la funcionalidad que tiene el arte en el continente, llegando a la conclusión de que ella es utilizada a modo de confesión: “ese llanto primero que estalla cuando se re establece la antigua unidad biológica de un hombre mutilado por el exceso de conciencia. Es el llanto que trata de tapar la técnica, la inteligencia y el boato ciudadano” (p. 777). Reivindicar ese carácter de confesión nos lleva a pensar al arte como territorio clínico para los abordajes en salud. Al escuchar la confesión nos interesaría la indagación sobre el comienzo de las expresiones y elecciones que las personas realizan para poder materializar sus acciones, preguntándoles sobre los sentidos que perciben en esa construcción expresiva, como paso previo al análisis del producto final: “Podrán confesar los desheredados que nada tienen, la masa amorfa, que vegeta, porque sólo ellos ‘están’ en América y en ese ‘estar’ conocen el camino de la salud o sea de un arte como confesión” (p. 778).

Siguiendo esta construcción de sentido sobre postular al arte americano, nace la pregunta: ¿Cuál es, en esta confesión, el carácter estético pensado desde América? Kusch (2007) nos advierte: “lo americano excluye la forma y placer y supone, lo amorfo y tenebroso” (p. 782). Aquí el filósofo argentino plantea que la observación de los actos expresivos tiene una estética de carácter “amorfa” y “tenebrosa,” siendo éstas dos características del primer nivel de la estética americana que debemos tener en cuenta para nuestro análisis como musicoterapeutas: la estética de lo monstruoso. En este nivel se plantea lo vital frente a lo que luego se configura como cuerpo social en sus relaciones de interacción con la otredad, ya sea en su organización comunal o en la compresión simbólica de la vida en sociedad. La estética se caracteriza por ser “amorfa”; la percepción de los sentidos busca articularse para luego construir alguna normativa semántica como confesión: ¿Qué es lo tenebroso de la estética al analizar esta confesión desde América? Para Kusch (2007), “el arte indígena surge del espanto humano ante el espacio inhumano, como cristalización sangrienta y tremenda de ese constante estar al borde de la muerte y de la aniquilación” (p. 793). En América, esta tensión entre lo vital y lo social es una construcción de sentido en tanto percepción y supervivencia ante lo inhumano.

El segundo nivel de la estética de lo americano es el “del espanto.” Si analizamos desde la estética de lo tenebroso que la confesión del indígena en América produce un acto expresivo amorfo, sin una forma y espacio preestablecido, es por el espanto humano ante una otredad de carácter inhumano. Lo inhumano aquí es pensado como todo aquello que excede a los límites de control y de poder, y que desplaza la idea de un mundo antropocéntrico para proponer una idea más compleja, en la que “lo humano” es solo una mera parte en la totalidad. Este segundo nivel de la estética nos acerca a un punto crucial, a la inmensidad e incertidumbre de no poder tener una forma preestablecida o, al menos,

a la tensión de las formas existentes ante lo incierto y lo azaroso.

Hasta aquí tenemos una estética de lo tenebroso, amorfa, devenida del espanto que tiene lo humano frente a lo inhumano. Nos acercaremos ahora al tercer nivel de la estética de lo americano: el “del espacio-cosa.” Si pensamos que la estética es percibir desde los sentidos, podremos indagar sobre cómo son aquellas percepciones que el sujeto tiene sobre el espacio y el contexto en el que está inmerso. Kusch (2007) concibe a lo inhumano como el espacio-cosa, invitándonos a pensar sobre los rasgos estéticos que contiene todo lo que se presente como fuera de lo humano a la hora de analizar una confesión como acto expresivo. Pensando de manera situada desde América, podríamos decir que el espacio-cosa se asemeja a la noción de Paisaje, si entendemos a este último como el suelo donde se arraiga o desarraiga nuestra vida. Esta noción nos puede servir como punto de partida para hablar de todo aquello inhumano, como las montañas, los ríos, la fauna, etc. El espacio-cosa y el paisaje fundan la tensión entre lo vital y lo social, entre lo inhumano y lo humano, y amplían la percepción que, como especie humana, tenemos de los elementos y materiales que nos rodean y de la multiplicidad de sentidos en la que estamos inmersos.

El paisaje es subjetivante; es en el arraigo a su suelo donde se produce una subjetividad cultural, portadora de rasgos identitarios y estéticos. Su inmensidad da miedo, es incontrolable y nos sumerge en algo inconfesable. Es frente a ese miedo que se produce el acto expresivo en América, formalizado en un lenguaje que lo representa simbólicamente respondiendo a las sensaciones producidas por él. Habitárselo determina los modos de estar existentes de nuestro sujeto clínico, un sujeto que acontece desde el espanto hacia ese paisaje que lo subjetiviza culturalmente. Parafraseando a Cullen (2017), la referencia principal de una cultura es el suelo y, por consiguiente, el arraigo a él y la forma de habitárselo. El autor propone que la existencia de los pueblos ya no es producida “para” sino “desde.” Este “desde” es planteado como topos/lugar, y es también el punto de partida para admitir, vía análisis cultural, que el suelo/paisaje-el espacio-cosa es lo que estetiza las producciones del sujeto en nuestra clínica.

Detenernos a pensar la noción de estética desde América tiene la intención de generar un aporte para la construcción del “paisaje como textura,” con el objetivo de analizar los actos expresivos en la clínica musicoterapéutica. Al mismo tiempo, la noción brinda una posición estratégica desde dónde observar y escuchar el proceso de armado de dichos actos. La potencia de esta construcción radica en los impactos y en los efectos que surgen al poner a conversar las elecciones y materializaciones producidas por las personas con aquellos rasgos estéticos que cada espacio-cosa/paisaje tiene.

Mojón III: Experiencias Leídas Desde la Perspectiva Decolonial

Llegamos al tercer mojón de este recorrido con la intención de presentar dos relatos de experiencias construidas a partir de la perspectiva decolonial compartida en los mojones anteriores.

En el año 2023 realicé mi primer año de posgrado en formación en servicio dentro del Hospital Zonal de Esquel, en la Residencia Interdisciplinaria en Salud Mental Comunitaria (en adelante, RISM) de la provincia de Chubut, Argentina. El objetivo de ese primer año fue relevar las necesidades sentidas del área de responsabilidad de un Centro de Atención Primaria de Salud (en adelante, CAPS), del barrio Ceferino Namuncurá de la ciudad de Esquel. Trabajé de manera interdisciplinaria junto con mi compañera de residencia, la Licenciada en Trabajo Social Abril Neculman. El relevamiento se realizó utilizando la metodología de investigación acción participativa (Fals Borda, 2008) y la teoría fundamentada (Soneira, 2013). A través de diferentes herramientas de recolección de datos construimos y validamos, junto con una población de adultas y adultos mayores, diferentes categorías que traducían sus necesidades sentidas.

Según Montero (1991), “las necesidades sentidas surgen de las propias personas que las manifiestan explícita o implícitamente, (...) la cuestión no pasa por las verdades de las necesidades así definidas, sino por su condición de existencia para los que en definitiva serán sujetos de la intervención” (p. 104). Este posicionamiento nos llevó a construir un proyecto de intervención que respondiera a la necesidad de encuentro que este grupo poblacional tenía, configurando un dispositivo de acompañamiento a los procesos de salud-enfermedad-cuidado realizado de manera interdisciplinaria. Esta experiencia nos permitió formular dos categorías conceptuales que quisiera compartir en este mojón, fundamentadas en la perspectiva decolonial de Aníbal Quijano y el “paisaje como textura.” La primera se vincula con la categoría de raza presentada en el mojón I: realizamos un giro perceptivo que fue desde su utilización para la clasificación social y la configuración de los patrones de poder en la etapa colonial hasta su empleo como una forma de lectura de los cuerpos vivos. Pudimos construir la categoría de Paisano mediante la cual nos fue posible enunciar al sujeto histórico de la Patagonia. En nuestra práctica, a través del relato de este grupo de adultas y adultos mayores que enunciaban saberes paisanos, pudimos conocer y escuchar a una multiplicidad de formas que nos acercaban a los ritmos, lenguajes y rasgos estéticos de cómo ellos concebían al mundo. Como ya quedó dicho más arriba, la figura del paisano está en tensión con la construcción que el Estado Nación argentino tuvo como horizonte, dado que la misma se caracterizó por la homogenización del sujeto nacional en la figura del criollo como el representante de los habitantes de la Nación. Parafraseando a Segato (2019), el criollaje de la república y fundador del Estado se ubica como una “elite” para administrar los hilos de la Nación. El criollo se caracteriza por ser “racista” porque quiere ser blanco y “misógino” por querer ser un hombre; al mismo tiempo, no es un sujeto histórico vencedor, sino que es un hombre de territorios vencidos. Por último, se caracteriza por ser especista, es decir, se relaciona con cualquier otra especie que no sea la humana de una manera vertical, asesina y cruel.

Al considerar a la raza como categoría de análisis, mi compañera y yo pudimos interpelarnos sobre el sujeto histórico al cual destinamos nuestro diagnóstico en el proceso de la investigación acción participativa y en el proyecto de intervención. Escuchar desde esta perspectiva nos invitó a desplazar las lógicas institucionales académicas esperadas por el sistema sanitario, haciéndole lugar a lo que vecinas y vecinos del barrio llamaban como saberes paisanos y “lo mapuche.” Los saberes paisanos fueron utilizados por ellos para hablar de la cosmovisión mapuche, y también de sus propios procesos de salud.

Lo paisano, como trazo histórico y característico de un paisaje patagónico, se vuelve horizonte de cosmovisión que se tiñe con los tonos de la no-blancura y con sus significados, introduciéndonos en los caudales de la historia propia y situada de esta población, que pudo perdurar ante la colonialidad del poder. Nos compele a trabajar sobre aquellos rasgos identitarios de las comunidades para acompañar los propios proyectos históricos de los pueblos, disputando la época actual desde y contra las instituciones que son ajenas a las necesidades sentidas de la población y creando, aunque sea en sus intersticios, una ética que priorice los saberes situados en la práctica profesional.

La segunda categoría conceptual se caracteriza por el reconocimiento de los aportes que el “paisaje como textura” realiza al colectivo musicoterapéutico. En nuestro proceso de investigación nos encontramos con una idea, que validamos con el grupo de adultas y adultos mayores y con los referentes institucionales del centro de salud y de la comunidad, que da cuenta de las condiciones habitacionales existentes en el área. Esta idea fue nombrada como “La ciudad con forma de pan”¹ y está vinculada con los procesos

¹ Se agradece la escucha sensible y atenta del investigador Jose Luis Grossó quien en la presentación de esta categoría en las XII Jornadas de Rodolfo Kusch en la UNLA, nos sugiere subrayar la “forma,” ya que es en ella y no en el pan, donde se concentra en proyecto histórico de la colonial-modernidad propuesto en los procesos migratorios.

migratorios forzados que obligaron a muchos pobladores de comunas, aldeas y localidades rurales del noroeste de la provincia de Chubut a migrar hacia la ciudad de Esquel en la búsqueda de comida y trabajo. El barrio donde se emplaza el centro de salud es uno de los principales lugares de asentamiento de estos migrantes. La ciudad con forma de pan es una frase que alude al desarraigo, y la tomamos de una canción de Tito Ledesma compartida por un músico popular de la ciudad de Esquel, Ariel Manquipan. La canción citada dice: “si pierdo la ilusión, no volveré a la Mapu, moriré entre tanta soledad. La ciudad con sus luces y fábricas es una cárcel con forma de pan.” La canción muestra el acto expresivo elegido por esta comunidad para narrar y comprender un momento histórico en el que los procesos migratorios forzados por desalojos y las propuestas de supervivencia la despojan de sus saberes y prácticas campesinas y ancestrales.

Esta elección como acto expresivo, leída desde el “paisaje como textura,” nos obliga a preguntarnos sobre la potencia del arraigo para construir un proceso identitario y de pertenencia en el contexto que se habita. Por otra parte, podemos analizar desde la estética de lo monstruoso que aquel primer momento del proceso migratorio forzado puede caracterizarse como incierto y amorfo, poniendo en tensión la propia percepción vital como paisano o mapuche frente a un nuevo paisaje, “con forma de pan,” ajeno a su identidad construida en el campo. Desde la estética del espanto, en el enunciado “la ciudad con sus luces y sus fábricas es una cárcel con forma de pan” es posible visualizar el sentido profundo de perder la ilusión de volver a la Mapu y morir lejos de su territorio. Este nivel de la estética permite reconocer al sujeto histórico, enunciando una sensación de espanto que deviene frente al proyecto civilizatorio, al que su percepción desde los sentidos pide responder. Por último, la estética del espacio-cosa configura una zona para situar estas sensaciones desde el acto expresivo devenido canción. Las elecciones estéticas utilizan dos escenarios del orden del paisaje en los que el sujeto se ubica: “la ciudad con forma de pan” y “la Mapu.” En la primera, se le ofrece al sujeto la posibilidad de la continuidad vital en forma de supervivencia, ajena a la construcción identitaria que lo constituye, arrasando con sus saberes vitales que están en constante tensión con lo social del proceso civilizatorio. En la segunda, la Mapu, acontece el rasgo identitario y el deseo de no perder esa relación perceptual, estética, desde donde poder enunciarse. Poder observar cómo se posiciona este sujeto frente a dos paisajes antagónicos nos aportó, como trabajadores de la salud, la comprensión de los tiempos y ritmos de este grupo de adultas y adultos mayores que se encuentran ante la ciudad con forma de pan.

Tomando este punto de partida comenzamos a realizar intervenciones que promovieron actos expresivos, indagando sobre los saberes previos a su migración a la ciudad. De esa indagación devino la posibilidad de construir un vínculo con esta población de adultas y adultos mayores que se caracterizó por la revalorización de los saberes paisanos, y en el que la música y las danzas fueron elegidas por ellos como formas de narrarnos su historia. Para responder a la necesidad de encuentro se pensó en la construcción de un dispositivo de acompañamiento a los procesos de salud desde la perspectiva de la salud mental comunitaria e interdisciplinaria. Teniendo en cuenta estos antecedentes se consideró el uso de danzas, como el chamamé, la zamba, la chacarera, y otras danzas y músicas características de la Patagonia, como la música campera, comerciales, kaanis y loncomeo.

Consideraciones Finales

Culminó este ensayo con la invitación al colectivo musicoterapéutico a una doble interpellación. La primera consiste en trabajar en torno a perspectivas y no en torno a modelos. Un modelo es una estructura cerrada y disciplinar, muchas veces construida en las casas de estudios o en la planificación y gestión de políticas públicas de sistemas sanitarios que se alejan de las necesidades sentidas de su población. Una perspectiva es un

punto de partida desde donde observar y escuchar, un camino de construcción orgánica que invita y hace parte de todas las pluralidades que habitan los desafíos que se están pensando. Puede que haya repeticiones dentro del proceso histórico de estos caminos, pero ellas no son un retorno nostálgico, sino que pueden encontrarse diferencias a la hora de responder a preguntas de una época pasada que aún estén sin contestar. En este sentido, detenernos en tres mojones para conversar con la perspectiva decolonial de Aníbal Quijano y los aportes de Rodolfo Kusch tiene como deseo que la ruta continúe en reflexiones y pensamientos sobre las prácticas profesionales que realizamos. Sea en un consultorio individual, como en los centros de salud, en las casas de estudio, como en los desafíos de la época actual, que propone una ética de trabajo individual y de cosificación de la vida.

La segunda interpellación consiste en retomar los aportes de la estética americana en tanto nos invitan a reoriginalizar el mundo desde lo sensible frente al paisaje en el que se está inmerso. En su texto “Estética de la utopía” Quijano se pregunta: “¿no han pasado su historia fingiendo ser lo que nunca fueron? ¿Y no es eso, exactamente, lo que urdió el oscuro laberinto que forma nuestra cuestión de identidad?” (Quijano, 1990, como se citó en Assis Clímaco, 2014, p.741).

Este ensayo nace desde la tensión de observar una pluralidad de prácticas y lenguajes que operan de manera ajena y en simultaneidad a políticas públicas y formaciones académicas de salud y salud mental. Sin ánimos de cerrar alguna conclusión, la utopía de esta época será un consuelo para nosotros en ese mundo incierto y azaroso que no tiene forma, sino que es amorfo, como América. La propuesta es que nos dejemos atravesar por el paisaje en el que estamos inmersos, construyendo un acto expresivo como confesión para comprender los desafíos de nuestra época y de nuestra práctica profesional. Es en la huella y no en el destino cuando el campo de la estética nos brinda la condición de posibilidad para imaginar el mundo de nuevo, otorgándole otro sentido histórico que no podemos prever en el presente.

En América Latina, la lucha contra la dominación de clase, contra la discriminación de color, contra la dominación cultural, pasa también por el camino de devolver la honra a todo lo que esa cultura de la dominación deshonra; de otra libertad a lo que nos obligan a esconder en los laberintos de la subjetividad; de dejar de ser lo que nunca hemos sido, que no seremos y que no tenemos que ser. Por asumir, en suma, el proceso de re-originalización de la cultura, y trabajar con ella los materiales que devuelvan a la fiesta su espacio privilegiado en la existencia. (Quijano, 1990, como se citó en Assis Clímaco, 2014)

Sobre el Autor

Guillermo Castelo: Soy oriundo Santa Fe (Argentina). Licenciado en Musicoterapia, actualmente curso mi tercer año de la Residencia Interdisciplinaria en Salud Mental Comunitaria (RISMC) de la provincia de Chubut. Diplomado en Salud Mental Comunitaria, realicé seminarios de posgrado desde la perspectiva decolonial en la Universidad Nacional de Tres de Febrero y la Universidad Nacional de Tierra del Fuego. Diplomado superior en Salud Mental Comunitaria en la Universidad Nacional de Lanus. Soy bailarín, músico e investigador de la expresión sonoro-corporal desde un enfoque situado como frente a las formas que acontecen para la organización de la vida en común de los pueblos.

Referencias

- Altamiranda, P. (2015). Genealogía de la Musicoterapia en Argentina: El devenir de un saber. Tesis de grado, Universidad Abierta Interamericana.
<https://es.scribd.com/document/402233315/TESIS-Genealogia-de-la-Musicoterapia-en-Argentina-El-devenir-de-un-Saber-2-1-pdf>
- Aretz, I. (1977). *América Latina en su música*. Siglo XXI Editores.
- Assis Clímaco, D. (2014). *Cuestiones y horizontes: De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. CLACSO.
- Bagnato, M. J., Giménez, L., Marotta, C., Netto, C., y Rodríguez, A. (2001). De ofertas y demandas: una propuesta de intervención en psicología comunitaria. *Revista de psicología*. Universidad de Chile.
- Cullen, C. (2017). *Reflexiones desde nuestra América*. Editorial Las Cuarenta.
- Fals Borda, O. (2008). Orígenes universales y retos actuales de la IAP (investigación acción participativa). *Revista peripecias*, 110.
- Kusch, R. (2007). *Obras Completas Tomo IV: Planteo de un arte americano*. Editorial Ross.
- Kusch, R. (2007). *Obras Completas Tomo IV: Anotaciones para una estética de lo americano*. Editorial Ross.
- Maeyaert, A. (2017). *Del derecho a ser oído. Una propuesta para adolescentes en situación de calle*. Editorial Último recurso.
- Morin, E. (1990). *Introducción a la teoría de la complejidad*. Editorial Gedisa.
- Pérez Bugallo, R. (2008). *Catálogo ilustrado de instrumentos musicales argentinos*. Ediciones del Sol.
- Rivera Cusicanqui, S. (2015). *Sociología de la imagen*. Editorial Tinta Limón.
- Rodríguez Espada, G. (2020). *Pensamiento estético en Musicoterapia II. Territorialización: formación, improvisación, técnica y escucha*. Editorial Autores de Argentina.
- Segato, R. (2018). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Editorial Prometeo Libros.
- Soneira, A. (2013). La teoría fundamentada en los datos (Grounded Theory) de Glasser y Strauss. En I. Vasilachis (Coord.). *Estrategias de Investigación cualitativa*. (153–173). Gedisa.
- UNTREF, Programa Pensamiento Americano. (2019). *Entrevista Pública/ Public Interview Rita Segato – VII Jornadas Pensamiento de Rodolfo Kusch*.
<https://www.youtube.com/watch?v=3ReaY4irpB4n>